DENNY N. DWIGHT

# CRIATURAS ECONÓMICAS

LIBRO DOS – EL VIRUS DE LAS CRIATURAS

*1ª edición 2025*

© / Copyright: 2025 Denny N. Dwight
Editorial: Freeze Verlag
Título original: Economic Creatures – Buch zwei – Das Virus der Kreaturen
Foto de portada: Denny N. Dwight
Diseño de la portada e ilustraciones: Denny N. Dwight
Corrección (coherencia y estructura): Sebastian Kroker
Corrección (ortografía y gramática): Valeska Harrer

Dennis Nowakowski
Dinnendahlstr. 43
46145 Oberhausen
Correo electrónico: d.nowakowski@hotmail.de

Esta obra, incluidos todos sus contenidos, está protegida por derechos de autor. Todos los derechos reservados. Queda prohibida toda reproducción, total o parcial, por cualquier medio (impresión, fotocopia u otros métodos), así como el almacenamiento, tratamiento, reproducción o difusión mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo, sin la autorización previa y por escrito de la editorial. Todos los derechos de traducción están reservados.

## Pérdida de control

Sangraba como un cerdo degollado cuando el puño del gigante rubio volvió a golpearme en la cara. Luego, un golpe duro en el estómago hizo que mis entrañas se contrajeran, el ácido me subió a la garganta y dejó un sabor penetrante y repugnante en la boca. Esquivar era imposible, atado como estaba a una silla de madera, recibiendo solo los golpes que un sádico repartía. Su puño voló hacia mí otra vez, impactando con fuerza en mi barbilla y añadiendo una nueva herida a mi colección de cortes. Alegrarme porque todos mis dientes seguían en su sitio era un consuelo menor, ya que eso podía cambiar en cualquier momento. El escenario grotesco no era nuevo para mí, salvo por el detalle de que solo llevaba ropa interior, estaba atado a esa silla y mi torturador se divertía de lo lindo. Solo una cosa, innegable, me ponía los pelos de punta. Los dolores que Castor me infligía eran más soportables de lo que esperaba. Tal vez estaba exhausto, debilitado, o mis sentidos me jugaban una mala pasada, pero sentía que este hombre no podía hacerme el menor daño.

«Dime, ¿haces esto solo por tu placer personal?», le pregunté a mi bronceado adversario, que llevaba una camiseta blanca de tirantes y un pantalón negro de esmoquin. El hombre de casi dos metros, con el cabello rubio perfectamente peinado hacia atrás,显然 pasaba su tiempo libre en el gimnasio. Se inclinó hacia mí.

«Lo has pillado, Hardy», respondió con una sonrisa arrogante.

Luego se acercó a un carrito de herramientas, como los que usan los mecánicos, y examinó los utensilios cuidadosamente alineados con los que planeaba elevar mi nivel de dolor a nuevas cotas. Junto a la variedad de instrumentos de tortura estaba también el pequeño walkie-talkie que siempre llevaba consigo. Con ese maldito aparatito tenía control total sobre mí. Una sola orden bastaría para que no volviera a ver a Madeline con vida. El único medio de presión que Castor y Lydia aún tenían contra mí. Y lo exprimirían hasta el amargo final.

Observé a Castor mientras miraba a su alrededor, buscando algo. Luego, sin decir palabra, el hombre rubio se dio la vuelta y caminó hacia un gran arco que conducía a otra sala llena de bancos de pesas, cintas de correr, bicicletas y más equipo de fitness. Tardó un poco en desaparecer por completo. Eso me dio el pequeño respiro que tanto necesitaba. Después de todo, este coloso, cuya mitad izquierda del rostro estaba marcada por una fea quemadura, llevaba casi una hora machacándome. Hace pocos días aún se presentaba con un traje de combate negro, como los que usan las fuerzas especiales. La elección siempre cortés de sus palabras no lograba ocultar su evidente vena sádica. Tildarlo de psicópata sería demasiado simplista. Algo en este tipo simplemente no encajaba.

Tras escupir una buena cantidad de sangre y saliva en el costoso suelo de mármol, miré alrededor de la enorme sala, que claramente servía como una piscina de lujo para su dueña. El repugnante olor a cloro, que ya de niño detestaba, me provocó un fuerte dolor de cabeza desde el primer segundo. El olor acre se mezclaba con el sabor de mi sangre, creando una combinación extrañamente repulsiva. Justo detrás de mí estaba la enorme piscina, la segunda en esta propiedad, cabe mencionar. Sobre ella se alzaba un puente de piedra con columnas griegas de color marrón claro y un amplio pasamanos. Debajo, había un bar de cócteles que ofrecía todo tipo de bebidas imaginables. A mi izquierda, una gran ventana panorámica permitía ver la ostentosa puerta de entrada, situada a unos cincuenta metros de la mansión. Conectada a ella se alzaba una alta y gruesa muralla de piedra que rodeaba todo el terreno, patrullada regularmente por guardias fuertemente armados. No es que los guardias fueran necesarios, ya que un sistema de armas de última generación protegía la propiedad y a sus habitantes. Una fortaleza inexpugnable, preparada para cualquier ataque, vivo o muerto, no importaba.

Sobre mí, una enorme cúpula de cristal dejaba pasar lentamente la luz del sol naciente. En otras circunstancias, este lugar me habría encantado. Un cóctel, unas mujeres simpáticas y la fiesta habría comenzado. Desafortunadamente,

aquí se estaba desarrollando una historia diferente, una que podía costarme la cabeza si no hacía algo pronto o si nadie venía en mi ayuda. La ayuda esperada parecía no llegar, así que, una vez más, estaba solo y debía encontrar la forma de salvar el pellejo. Una vez más, me había metido en una situación de la que yo mismo era culpable. La maldita historia de mi vida.

Mi madre dijo una vez que cada persona tiene un talento o don especial que la convierte en una personalidad única. Mi don, al parecer, era soportar el dolor sorprendentemente bien y soltar frases estúpidas. Meterme en situaciones sin salida lo veo como una especie de habilidad que no le deseo a nadie. Todo sería menos grave si no arrastrara siempre a otras personas al desastre conmigo.

El alambre con el que Castor me había atado dolía como loco y ya se había clavado en mis muñecas hacía un buen rato. Típico de estos ricachones asquerosos. Construyen palacios por millones, pero escatiman en el material para atar a sus prisioneros. Algunas cosas nunca cambian. A pesar de todo, estoy sorprendido de haber llegado tan lejos, y en tan poco tiempo. Hace unas semanas comenzó la misión, que no dejó de lado ningún peligro mortal. Solo para acabar en una mansión gigantesca, cuya dueña, junto con su lacayo rubio, me recibió con muy poca hospitalidad. Lydia, esa víbora fría como el hielo, me presentó respuestas a preguntas no formuladas en una maldita bandeja de plata. Aunque ahora no pueda hacer mucho con ellas, es reconfortante saber quiénes fueron los verdaderos responsables de esta catástrofe global que se impuso a la humanidad hace algún tiempo. Bartosz probablemente estaría dando volteretas en su tumba con estos hechos. Muchas de sus hipótesis y teorías eran correctas, pero la verdadera razón de nuestra aniquilación era tan banal que incluso yo no puedo creerlo. Sin embargo, este juego diabólico de poderes palidecía ante las revelaciones que Lydia me había arrojado a la cara. Antes de que su perro entrenado, Castor, me sacara de la celda y me llevara a este baño de diversión, pasaron cosas terribles que tendrán consecuencias graves para él, para Lydia y para todos los involucrados. Escupí sangre al suelo

otra vez, miré la mezcla por un rato y deseé que Madeline estuviera mejor que yo en este momento.

Castor regresó silbando alegremente, con un bidón rojo en una mano y un saco verde oliva en la otra. Su silueta, al principio oscura, tomaba contornos más claros a medida que se acercaba. Con toda calma, dejó el bidón, claramente lleno de gasolina, en el suelo y sacó algo del saco. Era mi nunchaku, con el que había acabado con la criatura hace un tiempo. Probablemente el saco también contenía mis otras armas. Sin munición, eran inútiles, así que no le di más vueltas. El hombre rubio sostenía los gruesos palos de madera, unidos por una corta cadena de acero, en sus manos. Luego comenzó a agitarlos. Estaba claro que manejaba esa arma a la perfección y ofreció un espectáculo impresionante que hasta Bruce Lee habría aplaudido de pie. Con una velocidad vertiginosa, hacía girar los pesados palos, moviéndolos alrededor de su cuerpo sin errar nunca. Probablemente era una especie de calentamiento para no desgarrarse un tendón cuando me diera el golpe final con mi propia arma.

«Castor», lo llamé mientras seguía girando el nunchaku. «¿No podríamos hablar de esto otra vez?» Admito que era un intento desesperado por salvar mis huesos, hasta ahora intactos, y ganar algo de tiempo. Tiempo que, tal vez, aún podría salvarme el culo. ¿Hubo alguna vez un episodio de *El Equipo A* en el que el plan de John Hannibal Smith no funcionara y tuviera que ser rescatado por sus compañeros? Creo recordar uno o dos. En un episodio, incluso Murdock ideó un plan exitoso, algo que Hannibal no podía creer al final.

«¿De qué más tenemos que hablar?», me sacó la voz de mi torturador de mis pensamientos. «Lydia dijo que puedo hacer contigo lo que quiera, siempre que te mate después. ¿Qué más puedo pedir?»

En cuanto a falta de escrúpulos, Castor era difícil de superar, eso me había quedado claro. Pero debía tener alguna debilidad. La fea cicatriz de

quemadura en su rostro, probablemente el recuerdo de un admirador ardiente al que luego eliminó, me parecía un buen punto de partida.

«¿Qué te parece si me desatas y resolvemos esto a la manera tradicional?», le propuse al gigante rubio, que sin duda sabía defenderse. «Ya sabes, mano a mano y todo eso. Pero déjame ponerme los pantalones antes, por favor. No me sentiría cómodo de otra manera, si me entiendes.»

Solo se rió y continuó con sus ejercicios con el nunchaku. Luego, sin previo aviso, me golpeó con uno de los palos en la cabeza. La fuerza del golpe, en la mitad izquierda de mi cara, giró mi cabeza bruscamente hacia la derecha. Para mi sorpresa, algunas estrellas explotaron ante mis ojos, pero apenas sentí el dolor. Decidí no informarle de esto, ya que en cualquier momento podía darme un golpe que no soportaría tan bien. Así que giré lentamente la cabeza hacia adelante y lo miré con furia.

«Oh, eso dolió, ¿verdad?», me preguntó sonriendo mientras se inclinaba ligeramente hacia mí. «Crees que soy un idiota, ¿no?»

«Bueno, no quería decirlo tan abiertamente, pero eres bastante…»

En ese momento, me estrelló los palos en los testículos. Esta vez dolió mucho. Me quedé sin aire por un momento, luchando contra un desmayo mientras emitía un zumbido profundo. Pasó un tiempo hasta que me recuperé y volví a mirar con furia al gran tipo, que ahora estaba de pie con las piernas abiertas frente a mí. Un gruñido suave escapó de mi garganta. Por esto pagaría, y no poco. Volvió a agitar los palos frente a mi cara y caminó de un lado a otro con una lentitud exagerada.

«Hardy, vi cómo lidiaste con los soldados de Lydia. Fue una actuación impresionante, debo admitirlo. He visto lo peligroso que eres realmente. No es que te tenga miedo. Pero el destino a veces da un giro de 180 grados, y esa victoria simplemente no te la concedo. Es una cuestión de probabilidad, si me

entiendes. Como de todos modos no tendrías ninguna oportunidad, me ahorro el esfuerzo. Pero te diré qué haré. Primero te romperé los huesos un rato más, luego te rociaré con gasolina y te prenderé fuego. ¿Qué te parece, amigo?»

Maldita sea, si este dinosaurio no mordía pronto el anzuelo de mis provocaciones, realmente ardería como una antorcha. Solo faltaba que sonara *Stuck in the Middle with You* y que lo llamara señor Rubio, y el escenario sería perfecto.

«Hablando de quemar», le dije con un tono ostentosamente relajado. «¿Quién te dejó la cara así de chamuscada?» Castor detuvo abruptamente su caminar y me miró sin emoción. Luego se agachó frente a mí, sin romper el contacto visual ni un segundo. Esperaba otro golpe, pero solo me sonrió fríamente.

«Qué amable de tu parte preguntar. Mi padre me hizo esto porque me interpuse cuando intentó abusar de mi hermana repetidamente. Me ató a la cama, calentó agua en una olla y me la vertió lentamente sobre la cara. Solo ofrecí la mitad izquierda para que no me desfigurara por completo. En algún momento, el dolor me hizo perder el conocimiento. Tenía apenas ocho años cuando me hizo esto. A los doce, le clavé un picahielos en la nuca. Nunca olvidaré su mirada de sorpresa cuando cayó de rodillas frente a mí, incapaz de comprender qué pasaba. Intentó sacar el metal de su cabeza por un momento, pero era demasiado tarde. Cayó a mis pies y exhaló su miserable vida. Nunca me he sentido tan bien como en ese momento. Bueno, esa es la versión corta de mi desfiguración. Creo que me saltaré el capítulo de romperte los huesos y pasaré directamente a quemarte. Tu pregunta sin tacto me ha inspirado.»

Con esas palabras, Castor se levantó, arrojó el nunchaku descuidadamente, que rebotó varias veces con ruido en el mármol, y tomó el bidón rojo de gasolina. Mierda, este imbécil nunca me liberaría de mis ataduras y mucho menos se enfrentaría a mí en una pelea a puñetazos. Llevaría a cabo su plan y bailaría a mi alrededor como un indio mientras yo ardía como una maldita

bengala. Abrió la tapa del bidón, mirándome con una sonrisa gélida. Luego vertió el líquido apestoso sobre mí, que, aunque limpió la sangre de mi cuerpo, ardía como fuego en mis heridas. Otro olor se sumó al cloro de la piscina, reaccionando también con el ácido estomacal que aún me quemaba la garganta. Los vapores de la gasolina me dificultaban respirar, y tosí varias veces. Trazó una larga línea de gasolina, casi hasta la gran ventana, para encenderla desde una distancia segura. Luego sacó un encendedor plateado de su bolsillo. El característico chasquido al abrir el encendedor llegó a mis oídos. Tras varios intentos fallidos de encenderlo, finalmente lo logró. La pequeña llama brilló, bañando el rostro de Castor en una luz mística.

«¿Alguna súplica más, Hardy?»

«Vete a la mierda», le espeté con odio. Nunca suplicaría. Menos aún a un cobarde como este, que probablemente hasta disfrutaría con eso. Ante mi inminente final, cerré los ojos y me sumí en mí mismo. No tenía miedo. El legado de mi padre, que más de una vez me había sido útil, no me fallaba ahora.

De repente, un estruendo ensordecedor rompió el silencio. Inmediatamente después, la ventana a mi izquierda estalló en mil pedazos. Una onda expansiva me lanzó de lado, estrellándome con fuerza contra el suelo, rompiendo la silla en el proceso. Por un momento, el volumen del mundo se apagó, y miré a Castor, que también había sido derribado y arrojado contra la pared. Docenas de grandes fragmentos de vidrio estaban clavados en su cuerpo, pero no le impidieron levantarse y correr hacia la ventana destrozada. Lentamente, me puse en pie y caminé hacia Castor, que miraba hipnotizado hacia afuera. A pocos pasos detrás de él, me detuve y también miré. La puerta de hierro había sido volada, y una avalancha de no muertos irrumpía en la propiedad. Aún a lo lejos, el flujo de recién llegados no cesaba. Se dispersaron rápidamente por todo el terreno, mientras algunos puestos de guardia y soldados buscaban en vano escapar. Los que se enfrentaron a la horda fueron aplastados y

despedazados. La muralla los había protegido a todos durante mucho tiempo. Pero ni su tecnología superior, sus sistemas de armas ni sus muchos hombres pudieron salvarlos. Los gritos de varios hombres llegaban hasta nosotros mientras observábamos el espectáculo. El familiar murmullo y gemido, junto con el olor fétido de cadáveres en descomposición, ascendía hacia nosotros. Probablemente, la presión de la explosión también había destruido las otras ventanas del edificio. Pronto, una horda de no muertos tomaría la casa y arrancaría la carne de los huesos de cada uno. Esra, pensé. Ese pequeño bribón aún estaba vivo y estaba aquí. Si él estaba aquí, tal vez los demás también lo habían logrado. No tenía idea de cómo nos habían encontrado, pero el momento no podía haber sido mejor. Lentamente, liberé mis manos del alambre y me froté las heridas en las muñecas. La sensación de entumecimiento en mis manos disminuyó, y sentí el fuerte pulso que volvía a irrigar mis extremidades. Castor no se giró. Pero sabía que estaba detrás de él y que no había escapatoria.

«¿Por qué todo esto?», susurró Castor, apenas lo suficientemente alto. «¿Por qué destruís todo lo que hemos creado aquí? ¿Por qué te negaste a cooperar con nosotros? Todo habría sido tan fácil», añadió mientras se giraba hacia mí.

«¿En serio?», respondí sonriendo mientras corría hacia mi ropa y me ponía apresuradamente los pantalones cargo. Luego observé cómo Castor se arrancaba un fragmento tras otro de la piel, acercándose lentamente hacia mí con una mirada furiosa. El gigante rubio se plantó frente a mí, levantó los puños y permaneció en silencio en esa pose. Expectante, esperaba que yo diera el primer golpe. La hora de la venganza había llegado por fin. Castor había extinguido demasiadas vidas, causado demasiado dolor y dejado demasiada miseria para que se saliera con la suya. Por fin obtendría la justicia que merecía. Disfrutaría borrándole esa sonrisa arrogante de la cara. Le destrozaría los huesos y después alimentaría sus restos a los no muertos. Y me tomaría mi tiempo. Eso seguro.

«Hora de morir, bastardo.»